

En la tumba de un niño

En la casa se instaló la tristeza; todos los corazones estaban llenos de dolor. El hijo menor, un niño de cuatro años, el único varón, alegría y esperanza de los padres, había muerto. Es cierto que aún les quedaban dos hijas —la mayor debía confirmar ese año—, niñas buenas y bondadosas, pero el hijo fallecido siempre parece el más querido, y este además era el más pequeño y, por añadidura, varón. Sí, una dura prueba había caído sobre los padres. Las hermanas se afligían, como suelen hacerlo los corazones jóvenes, principalmente al contemplar el dolor de sus padres; el padre estaba triste, pero la madre estaba completamente abrumada por el pesar. Día y noche había cuidado al niño enfermo, lo había mimado, levantado y llevado en brazos; pues sufría su propia carne y sangre, una parte de sí misma. No podía ni imaginar que su hijo moriría, que lo colocarían en un ataúd y lo enterrarían bajo tierra. ¡Dios no podría arrebatarse a su hijo!, pensaba ella, y sin embargo, cuando esto ocurrió finalmente, en un impulso de dolorosa desesperación exclamó:

—¡Dios no lo sabe! Tiene servidores despiadados aquí, en la tierra. Hacen lo que quieren, sin atender las súplicas de una madre.

En su desesperación, se apartó de Dios, y la invadieron pensamientos sombríos, pensamientos sobre la muerte eterna, que le sugerían que el hombre se convierte en polvo sobre polvo y que con eso todo termina. Atrapada por tales ideas, perdió todo punto de apoyo y se sumergió cada vez más en el abismo tenebroso de la desesperación.

Durante aquellas horas difíciles no tuvo lágrimas. Ya no pensaba en sus jóvenes hijas; las lágrimas de su esposo caían sobre su frente, pero ella no las notaba. Todos sus pensamientos estaban ocupados por el niño fallecido; vivía únicamente de recuerdos de él, esforzándose por revivir en su memoria cada una de sus inocentes palabras infantiles.

Llegó el día del funeral; varias noches antes la madre no había dormido, y hacia la mañana el cansancio la venció: cayó en un sueño profundo. En ese momento trasladaron el ataúd a una habitación distante, para que la madre no oyera los golpes del martillo cuando clavarán la tapa.

Al despertar, la madre quiso ver nuevamente al niño, pero su esposo, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Hemos clavado la tapa: era hora.

—Si Dios es tan cruel conmigo —murmuró ella—, ¿qué cabe esperar de los hombres? Y rompió a llorar.

Bajaron el ataúd a la fosa; la madre inconsolable permaneció sentada junto a sus hijas, mirándolas sin verlas; sus pensamientos se habían apartado de la familia, del hogar; se entregó al dolor y se convirtió en su juguete, tal como las olas convierten en juguete a un barco sin timón ni velas. Así transcurrió el día del entierro, y tras él fluyeron días monótonos, pesados y tristes. Con lágrimas en los ojos, los suyos miraban tristemente a la madre; ella no escuchaba sus consuelos, ¿y qué consuelos podían ofrecerle si ellos mismos estaban sumidos en tal dolor?

El sueño parecía haberla abandonado por completo, aunque solo él habría podido prestarle el mejor servicio, fortaleciendo su cuerpo y tranquilizando su alma. Los suyos la instaban a acostarse; ella obedecía y yacía quieta, como si durmiera. Pero una noche el esposo prestó atención a su respiración y le pareció que finalmente había encontrado descanso y alivio en el sueño. Devotamente juntó las manos, rezó y pronto se durmió él mismo con un sueño sano y profundo. No oyó cómo ella se levantó, se puso un vestido y salió sigilosamente de la casa para dirigirse hacia donde día y noche la arrastraban sus pensamientos: hacia la tumba de su hijo. Atravesó el jardín contiguo a la casa, llegó al campo y tomó un sendero que conducía fuera de la ciudad, hacia el cementerio. Nadie la vio, y ella a nadie vio.

Era una noche maravillosa, clara y estrellada. El aire aún era tan suave; septiembre apenas comenzaba. La madre entró en el cementerio y se detuvo junto a una tumba que más bien parecía un gran ramo de flores fragantes.

Arrodillándose, apoyó el rostro contra la sepultura, como si esperara ver a través de la gruesa capa de tierra a su niño. ¡Con qué viveza recordaba su sonrisa, la expresión amorosa de sus ojos! ¡Seguían siendo los mismos incluso en el lecho de enfermedad! ¡Nunca podría olvidarlos! ¡Cuánto decía su mirada cuando ella se inclinaba hacia él y tomaba su mano, que él ya no tenía fuerzas para levantar!... Y así como antes solía sentarse junto a su camita, ahora se sentaba junto a su tumba. Pero ahora podía dar rienda suelta a sus lágrimas, y estas fluían como un arroyo sobre la sepultura.

—¿Quieres ir allí, donde está tu hijo? —sonó una voz junto a ella. Sonó tan clara y resonó tan profundamente en su corazón. Ella se volvió; junto a ella había una figura humana envuelta en una larga capa negra, con capucha sobre la cabeza. Miró su rostro: era severo, pero inspiraba confianza; sus ojos ardían con un fuego juvenil y puro.

—¡A donde está mi hijo! —repitió la madre con una súplica desesperada.

—¿Te atreverás a seguirme? —preguntó la aparición—. ¡Yo soy la Muerte!

La madre asintió afirmativamente con la cabeza. En ese mismo instante le pareció que cada estrella sobre ella brillaba como una luna llena e iluminaba una alfombra de flores multicolores sobre la tumba; luego la capa de tierra cedió suavemente bajo ella, cual un manto ondeando en el aire, y comenzó a hundirse en la tierra. La aparición la cubrió con su capa negra, y a su alrededor reinó la oscuridad sepulcral. La madre descendió más profundamente de lo que penetra la pala del sepulturero; el cementerio se tendió como techo sobre su cabeza.

La capa se apartó hacia un lado. La madre se encontró en una enorme y acogedora estancia. Allí reinaba cierta penumbra, pero en ese mismo instante sintió que estrechaba contra su corazón a su hijo. Él le sonreía, radiante de una belleza nueva y desconocida para ella; ella lanzó un grito, pero su grito no fue escuchado: junto a ella, ora alejándose, ora acercándose, resonaba una música maravillosa. Nunca en su vida había oído sonidos tan divinos; provenían de detrás de una cortina negra y densa que separaba aquella estancia del gran país de la eternidad.

—¡Mamá! ¡Mi querida mamá! —oyó la voz de su hijo. ¡Era su voz dulce y familiar! Lluvias de besos seguían a otros besos; la madre estaba fuera de sí de alegría, pero el niño señaló la cortina negra.

—¡Qué maravilloso es allí! ¡No como en la tierra! ¿Lo ves, mamá? ¿Ves a todos ellos, a los bienaventurados?

Y la madre miró hacia donde señalaba el niño, pero no vio nada salvo una negra oscuridad; pues miraba con ojos corporales, no como el niño, llamado por Dios hacia Sí mismo. La madre oía los sonidos, pero no podía comprender las palabras que habrían podido devolverle la fe.

—¡Ahora sé volar, mamá! —dijo el niño—. ¡Puedo volar junto con otros niños buenos directamente hacia Dios! Tengo muchas ganas de volar hacia Él, pero si tú sigues llorando así, no podré dejarte. ¡Y tengo tantas ganas! ¿Se puede? ¡Tú también vendrás pronto hacia mí, mamita!

—¡Oh, quédate, quédate conmigo! —suplicaba ella—. ¡Solo un minutito más! ¡Déjame mirarte una vez más, besarte, estrecharte contra mi corazón!

Y lo apretaba fuertemente contra sí, cubriéndolo de besos. De repente, alguien desde arriba la llamó por su nombre; la llamada sonaba lastimera. ¿Quién podría estar llamándola?

—¿Oyes? —dijo el niño—. ¡Es papá quien te llama!

Pocos segundos después se oyeron profundos suspiros, como sollozos de niños.

—¡Son las hermanas que lloran! —dijo el niño—. ¡Mamá, no las has olvidado, verdad!

Ella recordó a quienes había abandonado en la tierra, y el horror la invadió; comenzó a observar atentamente las sombras que pasaban volando junto a ella, y le pareció reconocer a algunas. Atravesaban la estancia de la muerte y desaparecían tras la cortina negra. ¿Y si también viera aquí a su esposo y a sus hijas? No, sus llamadas y suspiros aún resonaban allá arriba. ¡Casi los había olvidado por completo por causa del fallecido!...

—¡Mamá, han repicado las campanas celestiales! ¡Mamá, sale el sol! —dijo el niño.

Hacia ella irrumpió un torrente cegador de luz; el niño desapareció, y ella ascendió hacia arriba... Un frío la envolvió; levantó la cabeza y vio que yacía en el cementerio, sobre la tumba de su hijo: Dios, durante el sueño, le había enviado consuelo y apoyo, iluminando su entendimiento. Cayó de rodillas y dijo:

—Perdóname, Señor, porque quise detener el vuelo de un alma inmortal, olvidé mi deber hacia los vivos, el deber que Tú mismo me impusiste.

La oración alivió su alma. Y entonces salió el sol, sobre su cabeza cantó un pajarillo, las campanas repicaron para los maitines... ¡Qué maravilloso se tornó todo alrededor! Y una santa paz se instaló en su alma. Conoció a Dios y su deber, y se apresuró a regresar a casa. He aquí que se inclinó sobre su esposo, lo despertó con un beso ardiente, y de sus labios brotaron palabras cálidas y sinceras, llenas de valor y consuelo. Ella, como corresponde a una esposa valiente y firme de espíritu, abrió para él en su

el corazón es fuente de consuelo.

«¡La voluntad de Dios lo dirige todo hacia lo mejor!»

Y el esposo le preguntó:

— ¿De dónde has sacado esa fuerza de consuelo?

Ella lo besó, besó a sus hijas y respondió:

— ¡Dios me la envió junto a la tumba de mi hijo!